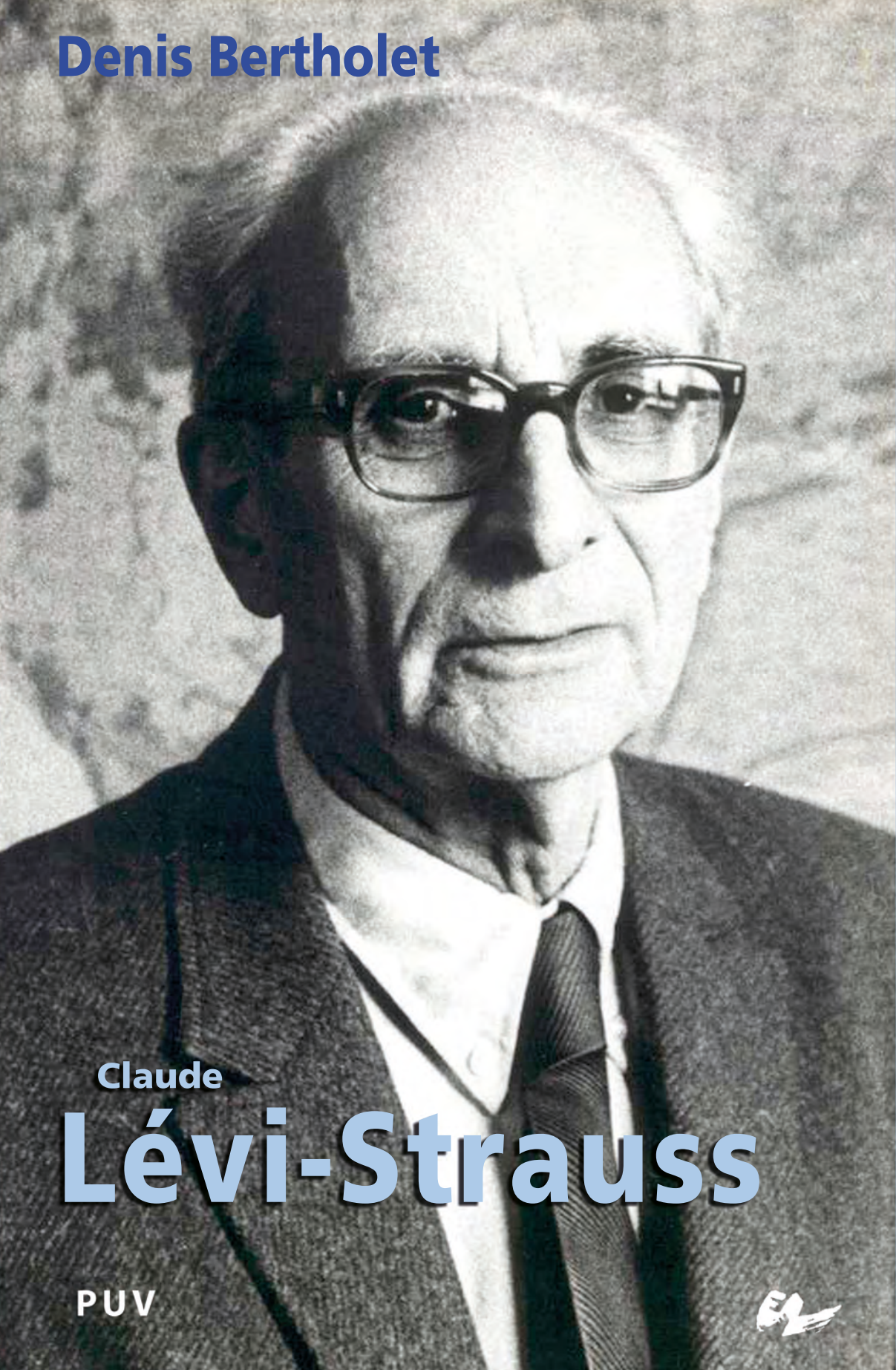


Denis Bertholet



Claude

Lévi-Strauss

PUV



CLAUDE LÉVI-STRAUSS

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

Denis Bertholet

Traducción de Inmaculada Miñana
y Josep Aguado

Universitat de València
Universidad de Granada
2005

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni grabada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.

Título original: *Claude Lévi-Strauss*

© Editions Plon, 2003

© Denis Bertholet, 2003

© De la fotografía de la sobrecubierta: Louis Monier, Presses de la Cité

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2005

© De la traducción: Inmaculada Miñana Arnao y Josep Arnau Codes

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es/>

publicacions@uv.es

Editorial Universidad de Granada

<http://www.editorialugr.com>

edito4@ucartuja.es

Fotocomposición y maquetación: Artes Gráficas Soler, S. L.

Diseño de la sobrecubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.

ISBN: 84-370-6114-8 (Universitat de València)

ISBN: 84-370-3267-0 (Universidad de Granada)

Depósito Legal: V. 1.396 - 2005

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
I. NACIMIENTO DE UN AVENTURERO (1908-1934)	13
Nostalgia	13
Artistas y burgueses	15
Un ramalazo de locura	18
Tiempos felices	21
El arte y las cosas	22
Una rebeldía sensata	28
Las tres maestras	31
Entre convicciones y seguridades	35
Un estudiante zombi	40
El militante	43
En todos los frentes	48
Revolución y agregación	53
Intermedio	58
Mont-de-Marsan	61
Fin de partida	64
II. ALLÁ (1934-1941)	71
Cambio de horizontes	71
La partida	77
Brasil encantado	81
La Universidad de São Paulo	84
Enseñanza	86
Etnología	90
Primeros trabajos de campo	93
El sabio y el político	97

El americanista	102
Hacia las tierras desconocidas	106
En el otro mundo	111
El curso del río	117
Brasil desencantado	120
Francia	126
La guerra	128
III. UN PARISINO EN NUEVA YORK (1941-1947)	135
La travesía	135
La ciudad	139
Retorno a la etnología	141
Enseñanzas	144
Amistades surrealistas	148
El arte indígena y la etnología	152
Franz Boas y la antropología	154
Roman Jakobson y la revelación estructural	157
El injerto americano	161
Intermedio francés	164
El consejero cultural	168
Estructuras	171
¿Planes de carrera?	174
El parentesco	177
En las fronteras	180
IV. LA CONQUISTA DEL PODER (1948-1959)	185
El retorno	185
En la jungla de las ciencias humanas	191
Crisis e incertidumbres	197
El descubrimiento de Oriente	202
El lugar del mito	206
La descolonización y Papá Noel	210
Ofensiva americana	213
En la Unesco	217
El paraíso perdido	221
Lázaro	224
Una fórmula	227
Los combates	231

Una síntesis y varias aperturas	236
Frente a la historia	241
En el Collège de France	244
V. EL IMPERIO DE LOS MITOS (1960-1971)	249
El etnólogo entre los suyos	249
La lección inaugural	252
Un profesor	256
Una red	260
Tótems y salvajes	266
El etnólogo entre los hombres	272
De máquinas y gatos	278
Gloria y honores	283
La pasión mitológica	289
La metáfora musical	293
Sobre instituciones y hombres	297
La multiplicación de los mitos	304
En torno a Mayo del 68	312
La estructura y la nada	316
“L’Homme nu”	322
VI. EL CAMINANTE (1971-1985)	329
El <i>maître à penser</i>	329
La historia, los genes y la cultura	335
Antiguos debates y nuevas pistas	341
La antropología en un sillón	347
El inmortal	351
Un etnólogo en la ciudad	354
Un músico en la historia	358
En la frontera de la etnología	363
Extremo Oriente	367
Los títulos y los homenajes	371
El retorno del parentesco	377
Clasicismo e inconformismo	381
El retiro	386
Permanencia y cambio	391
Las vías del conocimiento	395

VII. LA PASIÓN POR COMPRENDER	403
Un gentleman en los campos	403
El final de los <i>maîtres penseurs</i>	405
Edo y el sintoísmo	407
Placeres	409
El territorio del sabio	413
Ochenta años: la vida y las estructuras	416
Indios	419
Preguntas para un antropólogo	421
Sobre salvajes y un sabio	423
1492	427
Paseos por el pasado	430
Puestas a punto	433
Líneas de fuga	438
Parentesco y violencia	441
La naturaleza y los mitos	445
<i>Bibliografía indicativa</i>	449
<i>Apéndice. Bibliografía de Lévi-Strauss traducida al español</i>	455
<i>Índice onomástico</i>	457

Agradecimientos

Lévi-Strauss me recibió en junio de 2001 en su despacho del Laboratorio de Antropología Social. Le hablé de mi proyecto de biografía. Me propuso un pacto. Sin entrar a hacer un juicio general, leería la primera versión del manuscrito y me señalaría las inexactitudes sobre los hechos relativos a su persona que le llamaran la atención. Acepté su propuesta. Cumplió su palabra: estas páginas le han sido enviadas, él las ha leído y me ha hecho varios comentarios precisando o rectificando los hechos. Le agradezco vivamente el tiempo y la atención que me ha dedicado, y la extraordinaria precisión de sus comentarios —prueba de una excepcional memoria—, así como el enorme placer que ha resultado ser el privilegio de caminar, durante dos años, al lado de un nombre tan extraordinariamente honesto.

Quiero manifestar mi más sincera gratitud a Isac Chiva, Emmanuel Désveaux, Françoise Héritier y Michel Izard, que me han recibido cordialmente y me han contado lo que ha sido, durante medio siglo, el trabajo junto a Lévi-Strauss y la vida del Laboratorio de Antropología Social. De igual modo quiero dar las gracias a la señora Helena Pinto Coelho por las preciosas investigaciones que ha realizado en las bibliotecas de São Paulo.

Por último quiero dar las gracias a mis próximos y amigos que han apoyado la realización de este proyecto: mi esposa Monica, Clémence de Biéville, Monique Sindler, Jean-Louis Faure, Patrice et Isabelle Gruffaz, Trudi Brandière, Marie-Pierre de Cissey, Mircea et Mariana Juncu. Que encuentren aquí la expresión de mi amistosa gratitud.

I

Nacimiento de un aventurero 1908-1934

1. NOSTALGIA

Para la familia Lévi-Strauss, a principios del siglo xx, la «Belle Epoque» había dejado de existir hacía ya mucho.

Hubo un tiempo en que todo era fácil, en que los talentos eran recompensados, en que los placeres y los bienes abundaban. Ese tiempo feliz formaba parte de los recuerdos que se transmitían de padres a hijos.

Isaac Strauss, el antepasado ilustre, había nacido en Estrasburgo en 1806. Este diablo de hombre, no contento con llamarse Strauss sin ser vienés, se había concedido la libertad de ser músico, y no de los peores. Instalado muy pronto en París, debutó como violinista. Su repertorio ligero gustó. En los años 1830 creó una orquesta que triunfó. Louis-Philippe hizo de él el animador musical de las veladas elegantes. Según su bisnieto, contribuyó incluso a dar a conocer al público parisino «la música de Beethoven, de Mendelssohn y de algunos otros».¹

Este artista era un empresario de espectáculos. Berlioz cuenta que, un día de julio de 1844, se lo encontró por casualidad en un café y le propuso una asociación. La Exposición industrial iba a cerrar sus puertas: podrían organizar un festival en el inmenso edificio donde había tenido lugar, antes de su demolición. Apuesta ganada. Strauss entró en contacto con el ministro, negoció con el prefecto, obtuvo las autorizaciones, contrató a los artistas, hizo imprimir los carteles y construir un estrado. El uno de agosto Berlioz dirigía un «gran concierto serio»; a los dos días Strauss daba un

¹ Claude Lévi-Strauss, Didier Eribon, *De près et de loin*, París, Editions Odile Jacob, 1990, p. 10. (N. del T.: El lector encontrará en el apéndice que contiene la bibliografía el listado de las traducciones al español de las obras citadas en este texto).

concierto popular. En el programa, «vales, polkas y galopes».² Colaboró con Offenbach, que era también su amigo. Bajo el Segundo Imperio, sus carreras se cruzaron a menudo. Strauss participó en la composición de ciertas obras del rey de la opereta. «Fue él quien escribió la contradanza de *Orfeo en los Infernos*.»³ Nombrado responsable de los bailes de la Ópera, animó la fiesta imperial e hizo danzar a la corte. La princesa Mathilde lo recibía en su salón. Participó en la fundación de la Sociedad de Conciertos del Conservatorio. Su gloria subió hasta las nubes en 1861. Ese año Napoleón III pasó el mes de julio en Vichy. La estación balnearia, a pesar de su rápida expansión, no tenía todavía una residencia digna de tan engorroso personaje. Isaac Strauss que había sido encargado de la creación del Casino, se había hecho construir allí una lujosa vivienda, todavía hoy conocida con el nombre de Villa Strauss. La puso a disposición del emperador, trasladándose con su familia a otro sitio. El ilustre huésped quedó sin duda satisfecho: al año siguiente, volvió a honrar a su anfitrión con su presencia durante la temporada.

Isaac Strauss fue también un coleccionista de gusto ecléctico y seguro. Presentó sus piezas más bellas en la Exposición Universal de 1867. Su colección de objetos de culto hebraico, exhibida en la Exposición Universal de 1878, fue después adquirida por la baronesa Rothschild. Hoy en día se encuentra en el Museo de Arte y de Historia del Judaísmo. Otras piezas fueron donadas al Museo del Louvre.

Tras la muerte de Isaac Strauss, en 1888, sus bienes fueron vendidos o repartidos entre sus hijas. Una de ellas, Léa —la abuela de Claude Lévi-Strauss—, se casó con Gustave Lévi. Este último hizo malos negocios y murió arruinado. «De manera que uno de sus hijos —tenía cuatro hijos y una hija— tuvo que trabajar desde muy joven para ayudar a los suyos.»⁴ A partir de entonces la familia vivió con una relativa penuria. La historia de los esplendores pasados fue la canción de cuna de la niñez de Claude Lévi-Strauss: «Mi familia paterna vivía en el recuerdo del Segundo Imperio.»⁵ Él tuvo un día la emoción de acercarse a una sombra que encarnaba esa felicidad perdida: «Siendo niño, todavía pude ver —ver con mis propios ojos— a la emperatriz Eugenia.»⁶ Su padre se sabía a Offenbach de memoria. Hoy

² Hector Berlioz, *Mémoires*; París, Garnier-Flammarion, 1969, t. II, p. 172.

³ «Un anarchiste de droite. *L'Express* va plus loin avec Claude Lévi-Strauss», *L'Express*, 24 octobre 1986, p. 71.

⁴ Claude Lévi-Strauss, Didier Eribon, *De près et de loin*, op. cit., p. 11.

⁵ *Idem*.

⁶ *Idem*.

en día, sólo queda un rastro de ese tiempo, el brazalete que Napoleón III regaló a su bisabuela para agradecerle su hospitalidad.

2. ARTISTAS Y BURGUESES

Uno de los hijos de Léa y Gustave Lévi, Raymond, el que combinó los apellidos de sus padres para llamarse Lévi-Strauss, fue orientado por su familia hacia las HEC⁷ para que aprendiera un oficio. A la salida, aceptó un modesto empleo en la Bolsa. De hecho, soñaba con ser pintor desde su infancia. En cuanto su situación se lo permitió, se inscribió en la Escuela de Bellas Artes y se lanzó a la carrera de artista, no sin éxito. De 1905 a 1921, expuso regularmente cuadros de género y retratos en los Salones de París. Era un espíritu abierto. «De él me queda, contará su hijo, la imagen de un hombre extremadamente culto, de una curiosidad insaciable, cuyo interés no se limitaba al terreno pictórico. Era también un apasionado tanto de la música como de la literatura.»⁸

Se casó con una prima segunda, Emma Lévy. Nacida en Verdún, ella también era de origen alsaciano. Su familia, en la que había rabinos y comerciantes en madera y en tierras, había salido de Alsacia en 1871, «para seguir siendo francesa».⁹ Emma había crecido en Bayona, donde su padre había sido nombrado gran rabino. Eso no impidió a su madre mandarla, como a sus otras cuatro hermanas, a estudiar con las monjas católicas. A la esposa del hombre de fe, como resulta evidente, le eran indiferentes las creencias religiosas de sus hijas, y quería que fueran educadas conforme a las costumbres de la buena sociedad francesa. Y lo que es más, quería hacer de ellas mujeres independientes. «La mayor de las hijas se preparó para entrar en Sèvres,¹⁰ o incluso llegó a entrar, ya no recuerdo, en una época en que la provincia francesa bien pensante veía a las “sevrianas” como diablasas. ¡La mujer del rabino tenía ideas abiertas!»¹¹ Emma fue enviada a París donde aprendió taquimecanografía para ser secretaria. Éste

⁷ N. del T.: las HEC son las Hautes Ecoles Commerciales, donde se realizan estudios superiores en economía, finanzas, etc.

⁸ *Le Magazine Littéraire*, nº 223, octubre 1985, p. 18.

⁹ «Un anarchiste de droite. *L'Express* va plus loin avec Claude Lévi-Strauss», *L'Express*, 24 octubre 1986, p. 70.

¹⁰ N. del T.: Escuela de magisterio para las jóvenes de la época.

¹¹ Claude Lévi-Strauss, Didier Eribon, *De près et de loin*, op. cit., p. 15

era en aquel entonces el único oficio que una joven de buena familia podía ejercer sin desclasarse.

Emma y sus hermanas tenían una clara inclinación por la pintura, o por lo menos por los pintores. La mayor, Aline, se casó con Henry Caro-Delvaile (1876-1926), que obtuvo una medalla de los Artistas Franceses el año 1901 y era invitado habitual del Salón, que se hizo célebre por sus figuras femeninas. Una de sus obras, *Mi mujer y sus hermanas*, permaneció mucho tiempo expuesta en el Luxemburgo. «Otra hermana, contará Claude Lévi-Strauss, se casó también con un pintor, Gabriel Roby, que era vasco. Para éste, que tenía poca salud y murió joven, la vida fue todavía más difícil que para mi padre.»¹² El ambiente de los Lévy, como el de los Lévi-Strauss, no corresponde ni a la leyenda de los artistas malditos ni a la de los vanguardistas. Alimentaban a la familia con dificultad, pero tenían una familia. Eran artistas sin vivir en cuartuchos, practicaban la pintura sin poner en cuestión los cánones de la representación académica. Más burgueses que bohemios, estos pintores ofrecieron a sus contemporáneos, no la subversión que algunos cenáculos reclamaban, sino un trabajo honesto y bien hecho. Garantía de calidad, Caro-Delvaile había sido alumno de Léon Bonnat, retratista de cámara de los medios oficiales de la IIIª República. Para los que no habían sabido atraerse los encargos institucionales y no podían entregarse a las alegrías de la gran composición, el género noble por excelencia era el retrato. Estos pintores tenían clientes cuyos rasgos immortalizaban para las generaciones por venir. En un mundo en que la esfera privada se convertía en el alfa y el omega de todo sentido, la representación de un hombre, de su esposa y sus hijos, a ser posible sobre un fondo de interior, simbolizaba a la perfección su valor social.

Raymond Lévi-Strauss se hizo una clientela y no le faltó trabajo. Había mantenido contacto con un amigo de juventud, instalado en Bélgica. Éste le consiguió encargos. La pareja se trasladó durante unos meses a Bruselas. Allí nació Gustave Claude, el 28 de noviembre de 1908. Una vez realizados los encargos, a principios de 1909, la familia regresó a su domicilio parisino, en el número 26 de la calle Poussin en el distrito XVI. El entorno en que se desarrollaron los primeros años del recién nacido existe todavía. El edificio, recién construido, era burgués, con fachada de piedra de sillería gris, alfombras y vidrieras en las escaleras. La familia vivía en el quinto piso. Desde el balcón tenían en perspectiva la puerta de Auteil y la Gran

¹² *Idem*, p. 11.

Noria. «Es un barrio que amé en mi infancia porque conservaba mucho de pintoresco. Me acuerdo de que al final de la calle Poussin, en la esquina de la calle La Fontaine, se veía todavía una especie de granja. La calle Raynouard era medio campesina. Al mismo tiempo había talleres de artistas, pequeños anticuarios.»¹³ La urbanización se había hecho en varios tiempos. A las granjas y talleres habían sucedido, medio siglo antes, las casas de campo y de recreo. Finalmente, a partir de los años 1850, los edificios de pisos se fueron imponiendo, número tras número, a lo largo de la mayoría de las calles. El desorden y la variedad de volúmenes dejaron paso al alineamiento de las fachadas y la uniformidad de las alturas. Las curvas sólo persistían en los saledizos de los balcones y cornisas y en los marcos de las puertas y las ventanas, ricamente trabajados. Para felicidad de los niños, las últimas construcciones no suplantaban totalmente a las precedentes, aquí o allá subsistían terrenos baldíos. Bocanadas de aire de campo circulaban todavía entre las nuevas construcciones.

Las costumbres, en aquella época, parecían fijadas para la eternidad. Lévi-Strauss recuerda que sus padres, como toda la gente *fashionable*, hacían visitas y entregaban tarjetas con una esquina doblada. Una noche a la semana se cenaba en casa de la abuela paterna. Cada uno de enero ésta reunía a toda su descendencia. «En esta ocasión se retiraban las fundas que cubrían los muebles del salón el resto del año.»¹⁴ Ese día, Raymond y sus hermanos hacían la ronda de los cementerios, dedicando un recuerdo a cada uno de los miembros de la familia ya fallecidos. Estos ritos y mil otros gestos, estaban ya caducos. El siglo XIX se perpetuaba en ellos. Aunque la fortuna de la dinastía se hubiera torcido, seguían viviendo según los mismos principios que en la época de Isaac Strauss.

Claude Lévi-Strauss evocará esta época con melancolía. Él se siente hombre del siglo XIX. Si un toque de varita mágica lo transportara a esa época, se sentiría como en casa. La conoció. Era demasiado joven para haber disfrutado de sus encantos, pero las impresiones que le quedaron tienen algo de milagroso. Sus alegrías de niño mezcladas para siempre con las reminiscencias de un tiempo consumido, adquirieron la perfección inmóvil de los objetos que adornan los museos.

¹³ *Idem*, pp. 9-10.

¹⁴ *Idem*, p. 252.

3. UN RAMALAZO DE LOCURA

En 1914 hubo que salir de allí. Raymond, llamado a filas, ya no podía hacerse cargo de la familia. De salud delicada, fue enviado como enfermero al hospital militar de Versailles. Sus allegados temían que los alemanes entraran en París. Emma dejó la ciudad con su hijo, en dirección a Normandía y luego a Bretaña. «Estuvimos en Brest...Estoy en un balcón, en compañía de unas primas un poco mayores que yo que me enseñan a masticar macarrones y a escupirlos a la cabeza de los transeúntes.»¹⁵ Una vez descartado el peligro, Emma volvió a las afueras de París, a Versailles, donde su padre, que había sido nombrado gran rabino, ocupaba la casa anexa a la sinagoga que le correspondía por su cargo. Ella se instaló allí con su hijo, sus hermanas y los hijos de ellas. El previsible cambio religioso, sin embargo, no se produjo.

De jovencita, Emma Lévi había sido educada en la religión. «Mi abuelo el rabino era un santo varón, de natural humilde, en cuyo hogar se observaban escrupulosamente los ritos. Durante tres o cuatro años seguidos asistí a todas las fiestas.»¹⁶ Su esposa, la abuela de Claude, dio, en cambio, claras muestras de independencia. Sus hijas dudaban que fuera creyente. Ellas mismas se habían liberado completamente. «Las cinco hermanas y sus maridos no eran creyentes.»¹⁷ En Versailles, recuerda Lévi-Strauss, «nuestras madres nos hacían bocadillos de jamón que íbamos a devorar al parque, escondidos detrás de las estatuas, para que nuestro abuelo no se enfadara».¹⁸ La sinagoga estaba unida a la casa por un largo y frío corredor que separaba radicalmente el espacio sagrado del profano. Esta separación, junto al hecho de que la sinagoga, consagrada únicamente a los oficios, era lúgubre, tendió a desarrollar en el niño la sensación de que la religión era un asunto a la vez ajeno a la vida normal y de una sequedad repulsiva. La separación de espacios, por otra parte, presentaba la ventaja de purgar la vida cotidiana de toda religión. «Aparte de la plegaria silenciosa de mi abuelo antes de cada comida, nada más indicaba a los niños que vivían sometidos al reconocimiento de un orden superior.»¹⁹

¹⁵ *Le Magazine Littéraire*, n° 223, octubre 1985, p. 18.

¹⁶ Claude Lévi-Strauss, Didier Eribon, *De près et de loin*, op. cit. p. 13.

¹⁷ «Un anarchiste de droite. *L'Express* va plus loin avec Claude Lévi-Strauss», *L'Express*, 24 octubre 1986, p. 71.

¹⁸ *Le Magazine Littéraire*, n° 223, octubre 1985, p. 19.

¹⁹ Claude Lévi-Strauss, *Tristes Tropiques*, Paris, Plon, 1955, p. 260.

En la familia paterna, la situación no era menos ambigua. «Mi abuela paterna era todavía practicante. Sin embargo, por ese lado, dormía un ramalazo de locura que unas veces se manifestó de forma trágica y otras burlesca. Un hermano de mi padre, obsesionado con la exégesis bíblica y al que se le iba un poco la cabeza, se suicidó; yo tenía tres años. Bastante antes de mi nacimiento, otro hermano de mi padre se había hecho ordenar sacerdote para vengarse de sus padres después de una pelea. Durante un tiempo la familia tuvo en su seno un abad Lévi...»²⁰ El arrebató de locura no duró. El cura volvió a la vida civil y acabó como empleado de la Compañía del Gas.

Extraños destinos. Además de las indecisiones y los sufrimientos personales que delatan, traducen de manera original una crisis profunda en la historia de una familia y de su identidad social. ¿Cómo ser judío, cómo sentirse y afirmarse miembro de una comunidad religiosa, en una Francia desgarrada por el *affaire* Dreyfus, y más tarde por las luchas de la Separación? La historia de los dos hermanos fue una especie de prueba inconsciente: la familia Lévi-Strauss exploraba las vías del *hubris* —afirmación apasionada de la fe en un caso, rechazo apasionado de la fe en el otro— antes de iniciarse en la dirección de la que Raymond era ejemplo, la de la indiferencia. El «ramalazo de locura» habría sido, más que el síntoma de una enfermedad más o menos vergonzante, una de las salidas posibles, en un momento de tensión, al conflicto entre lealtad confesional y pertenencia nacional.

Para Claude Lévi-Strauss la cuestión habrá dejado de ser un problema: «Yo provengo, por las dos partes, de familias ya firmemente establecidas en Alsacia desde hace dos siglos y medio, y que, probablemente, estaban implantadas en esa tierra desde hacía mucho tiempo. [...] Es decir, que yo me siento total, íntegra y exclusivamente francés, aunque me importe saber que mis raíces se hunden en un pasado plurimilenario, rico en cultura y en acontecimientos.»²¹ El niño creció en un contexto tranquilo. Entre su abuelo rabino y su abuela practicante, por un lado, y su abuela escéptica y sus padres no creyentes, por el otro, hizo el aprendizaje de las formas y de un respeto distante. La observancia indiferente de los ritos era la manera más cómoda, en una sociedad convertida en laica, de resolver la contra-

²⁰ Claude Lévi-Strauss, Didier Eribon, *De près et de loin*, op. cit., p. 13.

²¹ «Ce que je suis, par Claude Lévi-Strauss», entrevista con Jean-Paul Enthoven y André Burguière, II, *Le Nouvel Observateur*, 5 de julio 1980, p. 18.

dicción entre identidad religiosa y pérdida de sentido de la religión: en casa, su padre y su madre no celebraban las fiestas, pero no las olvidaban y hablaban de ellas. «En Versalles, me hicieron hacer el Bar' mitsva,²² sin invocar otras razones, para que yo no le diera más vueltas, que la de no apenar a mi abuelo.»²³

Una pertenencia vacía de contenido; Claude Lévi-Strauss cruza el siglo sin negar ni reivindicar. «Me sé judío y la antigüedad de mi sangre, como se decía en otros tiempos, me satisface.»²⁴

Si no tuvo significación religiosa alguna, el hecho de ser judío le aportó, sin embargo algo particular. «Por mucho que mis padres fueran completamente ajenos a lo religioso, no dejaban de mostrar una tendencia que me parece característica de muchas familias judías: el culto o la religión de la cultura. Se define al pueblo judío como el pueblo del libro y es cierto que yo crecí en una familia del libro. En este sentido, desde mi más tierna infancia se me impulsó a leer y a cultivarme y a desarrollar una curiosidad dirigida a todos los terrenos [...] esto era lo sagrado.»²⁵

Su pertenencia fue sin duda para él, durante un tiempo, una causa de malestar y quizá de sufrimiento. En Versalles frecuentó la escuela pública y después, desde la vuelta a clase del otoño de 1918, el lycée Hoche. La escuela es el lugar donde la mayoría de niños judíos descubren una realidad desagradable: sus compañeros les hacen comprender con dureza que lo que ellos consideraban normal es una rareza, y los define, ante la mirada de los demás, como diferentes. Es lo que le ocurrió al joven Claude. «Me trataron de sucio judío desde la escuela primaria...e incluso en el instituto»; su reacción fue directa: «El puñetazo. Pero afortunadamente no sucedió tan a menudo, y nunca llegó a ser trágico.»²⁶ Si al niño le afectó, no parece que la herida tuviera consecuencias duraderas en el plano religioso. Como mucho, favoreció su alejamiento definitivo de cualquier tipo de creencia. Él mismo no excluye, en cambio, que pudiera repercutir en la emergencia de su vocación de etnólogo: «Descubrirse súbitamente rechazado por una comunidad de la que creía formar parte puede conducir a un espíritu joven a tomar cierta distancia con respecto a la realidad social, puesto

²² N. del T.: ceremonia judía de iniciación para los varones al llegar a la adolescencia.

²³ Claude Lévi-Strauss, Didier Eribon, *De près et de loin, op. cit.*, p. 14.

²⁴ *Idem*, p. 217.

²⁵ «L'inné et l'acquis. Claude Lévi-Strauss répond aux questions de Victor Malka», *L'Arche*, agosto 1983.

²⁶ *Le Magazine Littéraire*, nº 223, octubre 1985, p. 19.

que se ve obligado a considerarla simultáneamente desde dentro –donde siente que está– y desde fuera –donde se le coloca.»²⁷ Con relación a sus congéneres, se sintió probablemente marcado: ni rechazado, ni abiertamente al margen, pero sí un poco de lado.

4. TIEMPOS DIFÍCILES

El niño y su madre pasaron los años de guerra en Versalles. «En mi familia éramos muy patriotas...Nuestros orígenes alsacianos.»²⁸ A veces se oía a lo lejos el retumbar de la «grosse Bertha».²⁹ Como todos los niños de su generación, Claude se dejó llevar por el fervor nacionalista. «Yo mismo, llevado por el entusiasmo, fui a entregar unas moneditas de oro que tenía –mis ahorros de niño de ocho años– para participar en el esfuerzo de mantenimiento del ejército francés.»³⁰ Entre sus allegados, sólo un primo hermano resultó muerto. Los Lévi-Strauss, a fin de cuentas, habrían sufrido poco por la gran matanza. En noviembre de 1918, tras el armisticio, la familia regresó a París. Asomado a la ventana de un edificio de la avenida de la Ópera, el niño participó de todo corazón en el alborozo. «El desfile de la Victoria me pareció un gran momento de mi joven vida.»³¹

Regreso a la vivienda de la calle Poussin y a la vida parisina: la única novedad era que el edificio estaba ahora dotado de un teléfono. La portera respondía, hacía sonar un timbre *ad hoc* para advertir al inquilino en cuestión que bajaba las escaleras para entrar en comunicación y luego las volvía a subir animosamente. El ascensor no se instalaría hasta años más tarde. Por lo demás, recuperaron los gestos y los ritmos de antaño.

Pero todo había cambiado. Raymond Lévy-Strauss, que dio una vuelta por las galerías para ver lo que se estaba haciendo en pintura, regresó horrorizado. Los cubistas eran los reyes. Su desesperación no era de naturaleza puramente estética. Los gustos del público habían cambiado y los encargos empezaron a escasear. La llegada a fin de mes se convirtió en una fuente de angustia constante.

²⁷ «Ce que je suis, par Claude Lévi-Strauss», entrevista con Jean-Paul Enthoven y André Burguière, II, *Le Nouvel Observateur*, 5 de julio 1980, p. 18.

²⁸ *Le Magazine Littéraire*, nº 223, octubre 1985, p. 18.

²⁹ N. del T.: nombre del cañón que bombardeó París durante la 1ª Guerra Mundial.

³⁰ *Idem*.

³¹ Stéphane Clouet, *De la rénovation à l'utopie socialistes*, Nancy, Presses universitaires de Nancy, 1991, p. 25.

Para mantener a la familia tuvo que poner en juego su habilidad para el bricolaje. Se inventó mil oficios que a veces proporcionaban algo de dinero y a veces nada. Se lanzó a la estampación de tejidos. «Grababan placas de linóleo, untaban los huecos con una cola que se imprimía sobre terciopelo para que se fijaran sobre ellos unos polvos metálicos de distintos colores que se espolvoreaban por encima.»³² Más tarde, fabricaron pequeñas mesas imitando los lacados chinos. Después, lámparas sobre las que pegaban estampas japonesas. El piso se veía a veces invadido por estas actividades artesanales. Raymond Lévi-Strauss tenía, afortunadamente, un tercer hermano que se había reincorporado a la Bolsa y cuyos negocios eran relativamente florecientes. En los momentos difíciles, pudo contar con su ayuda –que llegó a ser a lo largo de los años 20, la principal fuente de ingresos de la familia. Pudo también contar con el apoyo de su esposa. Era una mujer que cumplía con su deber y que durante largo tiempo demostró un valor y una abnegación extraordinarias, asumiendo todas las tareas domésticas de la casa».³³

El fracaso profesional debió suponer para Raymond Lévi-Strauss un desmoronamiento que venía a unirse al sentimiento de que su siglo, el XIX, estaba ya enterrado. Vivía exiliado en un mundo en el que ya no había sitio para personas como él. Y su posición en la historia de la dinastía tampoco era mejor. Era la del desgraciado cuyos valores y capacidades ya no tienen una utilidad reconocida socialmente. El anti-Isaac Strauss, el hombre del declive. Su situación, sin embargo, tuvo algo positivo. En la vivienda familiar reinó una original mezcla de bohemia y de convención. El choque entre las costumbres burguesas, la pasión por el arte y el batiburrillo artesanal produjo un clima estético del que su hijo sacaría buen partido.

5. EL ARTE Y LAS COSAS

Claude Lévi-Strauss, el último en llegar a un mundo delicuescente disfrutó sin embargo de un privilegio: la doble cualidad burguesa y artista de su entorno le facilitó el acceso a una vasta cultura. El piso familiar estaba repleto de libros. Él los leyó. Durante las cenas en casa de la abuela se aburre. Se hace con un volumen de Labiche, se aísla en un rincón y se ríe solo.

³² Claude Lévi-Strauss, Didier Eribon, *De près et de loin, op. cit.*, p. 12.

³³ *Le Magazine Littéraire*, nº 223, octubre 1985, p. 18.



biografías

Antes de ser etnólogo, Lévi-Strauss, nacido en 1908, es un caminante, un hombre que recorre el mundo para tomar sus medidas. La pasión por el descubrimiento lo lleva a Brasil, donde aprende un oficio que en aquel tiempo ninguna universidad enseña. En 1940, debe huir de Francia. Nueva York es una revelación, un lugar de reencuentro con la *intelligentsia* del Viejo Mundo. A través de su amistad con Roman Jakobson y el deslumbramiento que le causa el descubrimiento de la lingüística estructural, obtiene el armazón que dará sentido y rigor a su exploración de la diversidad humana. Su tesis sobre *Les Structures élémentaires de la parenté*, elaborada en esta época, es recibida inmediatamente como un clásico. Lévi-Strauss regresa a Francia en 1948 y necesitará doce años para dotar a su disciplina de un lugar institucional, con la creación de una cátedra en el Collège de France. La publicación en 1954 de *Tristes Tropiques* lo da a conocer al gran público. El pensamiento de Lévi-Strauss se impone, a partir de los años 60, como uno de los polos de la conciencia contemporánea. Su obra es inseparable de una reflexión sobre nuestra sociedad y su funcionamiento. Tiene una visión ecológica del mundo y de los individuos, *avant la lettre*. Lo que el pensamiento salvaje dice en el mito, nosotros lo buscamos en la literatura y el arte. Por eso Lévi-Strauss desarrolla tesis provocadoras sobre la producción en temas como el arte plástico y la música. Lo que este libro relata es la aventura intelectual del siglo xx.